

Lois Valsa

El Nuevo continente negro

Keith Lowe, CONTINENTE SALVAJE. Europa después de la segunda guerra mundial. Traducción de Irene Cifuentes. Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2012, 539 páginas.

La historia de la posguerra no es por lo tanto una de reconstrucción y rehabilitación, es en primer lugar una historia de la caída en la anarquía... (Antes) Se pasaba de 1945 al Plan Marshall, los juicios de Núremberg y a la guerra fría (Keith Lowe)

Keith Lowe (Londres, 1970) es uno de los más importantes nuevos historiadores británicos cuyo tema principal es la Segunda Guerra Mundial en la que es un experto aunque también es conocido en su país por sus intervenciones en la radio y la televisión. Antes ya había sido reconocido por su libro *Inferno: the devastation of Hamburg, 1943*, obra sobre la destrucción de Hamburgo que podría considerarse como un embrión de la que nos ocupa al tratarse también de una investigación sobre otro hecho desolador de la Segunda Guerra Mundial, con mucho, para este historiador, la guerra más destructiva de toda la historia de la humanidad.

Lowe nos sitúa su propuesta investigadora en su contexto histórico-bibliográfico ya desde la misma introducción del libro: “*Hay una o dos historias, como Posguerra: una historia de Europa desde 1945 de Tony Judt, que contienen una visión más amplia del continente en su conjunto, aunque lo hacen a lo largo de un periodo de tiempo mayor; y de ese modo se ven obligados a resumir los sucesos de los años inmediatos de posguerra en sólo algunos capítulos. Que yo sepa no existe ningún libro en idioma alguno que describa con detalle todo el continente-este y oeste- durante esta época decisiva y turbulenta*”. Por ello, él lo reconoce, “*este libro es un intento insuficiente de rectificar esta situación*”. Por poner un único ejemplo de esto que dice el autor: no se habla de España en todo el libro.

En esta obra se intenta, pues, entre su introducción y su conclusión, describir el caos de 1944 a 1949, y lo que se destruyó, tanto física como moralmente, incluida la desaparición de la cultura judía, en ese periodo desde el momento de la guerra (El legado de la guerra, Parte I); a través de la venganza contra los alemanes y la “depuración salvaje” de los colaboracionistas en la que las colaboracionistas se llevaron la peor parte (Parte II); con una limpieza étnica peor en la posguerra que en la guerra (Parte III); y con la violencia política y la guerra civil con muchas guerras dentro de una guerra (Parte IV). O sea en el periodo que corresponde a los últimos espasmos de la Segunda Guerra Mundial que será, en muchos casos, un nexo perfecto con el comienzo de la guerra fría. Uno de sus propósitos al escribir el libro era desprenderse de la limitada visión occidental de la mayoría de los

textos sobre esa época (no era fácil obtener información sobre el este, incluso en la propia Europa oriental, y que con la desmembración de la Unión Soviética y satélites se ha vuelto más accesible). Muchos nuevos e innovadores trabajos sólo se pueden leer en la lengua de sus autores y su lenguaje es especializado y académico.

El autor trata con esta investigación de que ese horrible periodo cobre vida y llegue a todos los lectores en general. Ese periodo en que Europa era para el New York Times (marzo de 1945) “el nuevo continente negro” que da título a este texto. Su propósito final, tal vez para él el más importante, es abrir un sendero a través de los mitos, del laberinto creado a través de ellos, que se han difundido sobre ese periodo posterior a la guerra. O al menos eliminar sus falsedades: “Una de mis pesadillas particulares es la superabundancia de estadísticas imprecisas y sin fundamento que se difunden con regularidad en discursos referentes a ese periodo”. Lowe piensa que las estadísticas importan de verdad porque con frecuencia se emplean para fines políticos y los historiadores también las exageran a veces para hacer sus historias más espectaculares.

Frente a esto, y teniendo claro que este periodo necesita exageración, trata de basar todas sus estadísticas en fuentes oficiales o en estudios académicos responsables en ocho lenguas cuando han desaparecido las fuentes oficiales. Pero reconoce que su investigación se puede mejorar ya que no pretende ser una historia “exhaustiva” ni “definitiva” del periodo posterior a la guerra en Europa ya que el objeto de estudio es demasiado amplio para eso. Y su esperanza, al poner estos terribles acontecimientos al descubierto, es que se abra un debate sobre cómo le afectaron al continente durante esas penosas etapas de su renacer y otros historiadores se sientan estimulados para ahondar en el tema en ese periodo de Europa en que no había infraestructuras físicas, destruidas por la guerra, y en que el continente era un mundo sin instituciones

difícil de imaginar para las generaciones modernas. De esta forma, este libro, al desmontar numerosas historias oficiales, cambia radicalmente la visión que hasta hoy se tenía de aquella época y nos ayuda a entender la Europa de hoy heredera de aquellos conflictos.

Concluye que “*por consiguiente, la Segunda Guerra Mundial no fue sólo el clásico conflicto por el territorio: fue a la vez una guerra de razas, una guerra de ideologías, entrelazada con media docena de guerras civiles que se libraron por razones puramente locales*”. De hecho, la idea tradicional de que la guerra llegó a su fin con la rendición de los alemanes en mayo de 1945 es totalmente errónea; en realidad, su capitulación sólo puso fin a un aspecto de la lucha: los conflictos relacionados con la raza, la nacionalidad y la política continuaron durante semanas, meses y a veces años. El ambiente de ira y rencor que impregnaba toda Europa en ese periodo inmediatamente posterior a la guerra era propicio para la revolución, y de ahí la atracción hacia los comunistas como alternativa alentadora y radical frente a los anteriores políticos desprestigiados. Los comunistas, por su parte, vieron su gran oportunidad. Y también los nacionalistas con muchos grupos que aspiraban a crear naciones-estado étnicamente puras en el centro y en el este de Europa. Y Yugoslavia es el ejemplo más impresionante de esto porque fue el único país del este de Europa que no llevó a cabo un programa de expulsiones y deportaciones étnicas después de la guerra. Así se mantuvo con comunidades mixtas hasta la guerra civil de principios de los noventa en la que tuvieron lugar los horrores que en otros lugares habían tenido lugar en 1945. Hoy, visto por ejemplo lo sucedido en 2011 en Hungría, no queda más remedio que reconocer que el odio hacia los judíos sigue muy vivo. Lowe se plantea entonces la pregunta de si estaban en lo cierto, al crear estados étnicamente homogéneos, los nacionalistas en 1940. Las tensiones nacionalistas, basta ver Crimea como otro ejemplo,

se transmiten de generación en generación. El autor se contesta: “*Aparte de las implicaciones morales evidentes, el problema de esta idea es que resulta casi imposible lograr un estado étnicamente homogéneo y ni siquiera la expulsión ‘total’ de las minorías étnicas de una nación resultó ser una garantía contra esos problemas. Porque se nutren de historias y mitos nacionales y esas historias son un pegamento que une a esos grupos nacionales. Ni siquiera occidente es inmune a la creación de esos mitos: unos mitos entran en conflicto con otros y para unos es venganza lo que para otros es justicia. Cada grupo ensalza sus estadísticas y denigra las de sus rivales sin respeto por la realidad. De tal manera que incluso historiadores serios las aceptan y las propagan. Así los grupos de extrema derecha están adquiriendo, desde finales del siglo XX, más influencia en Europa que en ningún otro momento desde la Segunda Guerra Mundial y están intentando desplazar las responsabilidades de los fascistas y nazis hacia sus rivales de izquierda*”.

Frente a esa visión específica de la historia, señala Lowe, hay que ser tan prudentes como con los comunistas. Y con las conmemoraciones también ya que hay que tener mucho cuidado pues a veces no tienen nada que ver con la “historia” y sí mucho con la política. Al revés del aforismo de Santayana: es “porque” recordamos el pasado por lo que estamos condenados a repetirlo y eso precisamente es lo que señalan los odios nacionalistas de las dos últimas décadas. Por ello, Lowe considera el inmediato periodo de posguerra como uno de los más importantes de nuestra historia reciente. Debemos demostrar que las ideas contrapuestas de la historia pueden existir y no hay que permitir que la historia envenene el presente. Finalmente, como ejemplo de esperanza, señala las relaciones entre Polonia y Alemania que situaron su pasado en su contexto debido. De acuerdo con esto, termina su investigación de este periodo histórico de una manera optimista: “*Europa ha hecho las cosas bien para*

refrenar lo que venía del pasado. La Unión Europea ha sido el antídoto contra los nacionalismos. Aunque la integración no es un proceso perfecto, mejora la situación”. Este final creo que también necesita de un buen debate visto el estado actual de incapacidad de la Unión Europea.